

Cástor Narvarte:

“Yo, desde que llegué a Chile, veo que estamos en reestructuración”

“**T**UVE la mala idea de querer estudiar Filosofía en la Universidad de Chile. Es la cuarta vez que comienzo mi carrera”. Es la historia de un alumno de la última generación universitaria, experto en reestructuración, tráfico de papeles, homologación de cursos y cambio de sedes y locales. ¿Sabrá también filosofía? Es posible, porque estos sucesivos traslados no significan partir de primer año nuevamente, pero obviamente son una dificultad

en los estudios. En 1976, por ejemplo, se cerró el Departamento de Filosofía, incorporado a la Sede Norte de la Universidad, donde se impartían principalmente Medicina y otras carreras paramédicas. Sus estudiantes tuvieron que emigrar a otras facultades. Este año se terminó el Bachillerato de Humanidades (una de sus áreas era Filosofía) que se estudiaba en el Centro de Estudios Humanísticos de Ciencias Físicas y Matemáticas. Sus alumnos se han

asimilado a la nueva Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, de la cual puede decirse que es el antiguo Campus Oriente (Macul), reestructurado y sin sus carreras pedagógicas. Su decano es Joaquín Barceló. Las cuatro Facultades que allí funcionaban quedaron convertidas en una. Y en esta única, hoy situada en La Reina, se estudian las licenciaturas, entre ellas Filosofía.

Inquieta percibir un desencanto entre los alumnos de Filosofía; este ambiente de ir y venir, sin un reconocimiento de su importancia dentro de la Universidad, desanima a quienes estudian la “ciencia de las ciencias”. Los futuros filósofos, que deberían ser el núcleo de la Universidad, se sienten marginados de ella.

Al profano en la materia le surge la inquietud de querer clasificar la Filosofía. ¿Cuál es el mejor lugar para estudiarla? ¿Y por qué ha estado vinculada en una ocasión a Medicina (Sede Norte), en otras, a Ingeniería (Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas) y casi siempre a educación?

A propósito de esto conversamos con Cástor Narvarte, Director del Centro de Estudios Humanísticos de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile. Resultó un entrevistado amable, pero muy escueto en sus declaraciones, no sólo por ser vasco, sino también porque, al ser director de un centro, sus opiniones podrían tomarse como la voz



“El adolescente tiene muy vivo el problema filosófico. Si parece que no le llega es por culpa de lo poco y mal que se le enseña”.

oficial del organismo y en realidad no es así. Concretamente nada quiso opinar sobre la última reestructuración universitaria. Además, cuando le hicimos la entrevista, Narvarte había renunciado a la dirección del Centro. Piensa continuar como profesor, con tiempo para investigar, pensar y escribir (acaba de publicar un libro, **Problemas de método y teoría**), pero sin tener que preocuparse de problemas administrativos. Entre los últimos de este género habrían estado el cierre del Bachillerato en Humanidades que impartían hasta el año pasado y... el cambio de casa. Según se dice, a fines de 1980, los profesores fueron interrumpidos en plena labor filosófica por una multitud de solícitos agentes de la CNI, que venían a medir las habitaciones, porque la Universidad le había vendido a ese organismo el edificio. Los profesores no habían sido notificados del hecho, e indignado por ello, renunció el antiguo director, Juan de Dios Vial Larraín. Esto no lo cuenta Narvarte, que es muy parco. El se limita a decir que no sintió tanto como otros el cambio de local. "Hubo quien se mudó con lágrimas en los ojos. Yo no. La casa anterior era muy lujosa, había sido Embajada de España y tenía un escudo del tiempo de Franco que me ponía mal sólo de verlo".

Narvarte nació en Irún, provincia de Guipúzcoa, hace 61 años. Es casado y tiene seis hijos. Su nombre, tan poco corriente en Chile, viene de su abuelo, que se llamó así por haber nacido el día de ese santo. (Porque Cástor, además de ser un héroe de la mitología griega, es un santo monje del siglo IV.) Su familia salió de España después de la Guerra Civil y se estableció en Chile. El terminó sus estudios en el Instituto Nacional y siguió después la carrera de Filosofía en lo que antes era el Pedagógico. Al terminar sus estudios, el profesor Jorge Millas le ofreció una ayudantía y, desde entonces, no ha dejado la Filosofía ni la Universidad. Estudió también en Munich y en Madrid y, en 1973, antes del pronunciamiento militar, aceptó una oferta para trasladarse del Pedagógico a la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, donde existía un Centro de Estudios Humanísticos que iba tomando mucho prestigio. Incluso después de 1973, este Centro alcanzó a impartir una Licenciatura en Filosofía, carrera que fue suspendida abruptamente en 1976.

—¿Por qué eligió usted, al igual que otros tantos buenos profesores, salir del Pedagógico y anclarse en otras Facultades de la Universidad?

—Porque todos sabemos cómo estaba el Pedagógico en ese tiempo. La exacerbación política del país había dominado a profesores y estudiantes. Existía una intromisión muy clara de la política partidista en las aulas, vivíamos en plena pasión política. No se podía pensar, trabajar ni estudiar. Lo que pasa es que ahora no me gusta hablar de esto, porque hemos pasado al fenómeno opuesto y me parece que los dos extremos son malos.

—¿Alguna otra razón?

—También creo que el régimen acadé-

mico era poco exigente. En Ingeniería nos encontrábamos con alumnos acostumbrados a que se les exigiera más. Otra traba venía desde antiguo y estaba relacionada con el sistema pedagógico. Se pretendía que todo lo que enseñáramos fuera útil a corto plazo para los nuevos profesores, que tuviera una aplicación práctica para enseñarlo en el colegio.

—Pero eso es lógico desde el punto de vista de la enseñanza...

—Hasta cierto punto. Por ejemplo, yo tuve un profesor maravilloso que me enseñaba a Leibniz. Yo no entendía ni la mitad de lo que decía, pero ahí estaba su

Amor, del profesor Jurge Guzmán; los escritos rectorales de Heidegger, que por primera vez se publican completos en castellano, con un análisis del profesor Marcos García de la Huerta, y un libro mío, donde entrego el contenido de cinco conferencias sobre distintos temas y una clase sobre el diálogo **Teetetos** de Platón. En total, el centro ha hecho unas 15 publicaciones.

—Hasta el año pasado ustedes impartían un Bachillerato de Humanidades y anteriormente tuvieron cursos para Bachillerato y Licenciatura. ¿Cuál era su objetivo?

—El Bachillerato, propiamente tal, no tiene un fin profesional inmediato. Es sim-



Hernán Morales

☞ "El alumno chileno es más político que especulativo. No suele tener vocación metafísica y ha recibido una formación que lo lleva a dejar de lado a los clásicos".

atractivo. Uno salía de clases a investigar, a querer entender, a saber más. Parte de la pedagogía es no darlo todo hecho. Un buen profesor tiene que formarse en investigación.

—Y a un ingeniero o a un médico, ¿para qué le sirve la Filosofía?

—A cualquier persona le conviene la formación humanista, el profundizar en los grandes temas de la cultura. Hoy todas las universidades del mundo procuran que sus estudiantes del área científica y matemática tengan formación humanística. Y al revés. Nosotros les damos a los ingenieros y a los estudiantes de otras carreras, predominantemente Matemáticas, la posibilidad de aprender Filosofía, Historia, Literatura.

—Además tiene publicaciones...

—Justamente. Acabamos de editar tres libros: un estudio sobre el **Libro de Buen**

plemente un grado académico que da una cultura más amplia. Con esta mayor cultura se puede acceder a otro tipo de estudio o de trabajo. También se puede seguir profundizando en los mismos temas y cursar así la Licenciatura. Teóricamente, por lo menos, los licenciados deberían ser los futuros profesores universitarios o docentes de enseñanza superior en cualquier instituto.

—¿Por qué dejaron ustedes de impartir ese Bachillerato?

—Este plan se había iniciado en 1978 y tenía la aprobación verbal de la Rectoría de entonces, pero no llegó a darse el decreto por escrito. A fines de 1980 nos enteramos de que, con la nueva reestructuración, este bachillerato desaparecía y que todas las carreras de Filosofía tenían que integrarse a la Facultad de ese nombre.

—Parecía más ordenado...

—Si se piensa con el esquema de “facultad temática”, claro que sí. Pero nosotros defendíamos el concepto de facultad integral. Que cada facultad reprodujera, de algún modo, la triple dimensión de la Universidad: profesional, científica y humanista. Ahora cumplimos esa función mediante nuestras publicaciones y mediante cursos a los alumnos de Ciencias Físicas y Matemáticas que siguen distintas carreras.

—¿Cree usted que en Chile ha sido difícil el estudio de la Filosofía?

—Me parece que sí. Lo que se necesita ahora es un régimen de libertad suficientemente amplio para que no se coarte la investigación. Además... Chile es un país poco dado a la filosofía. En general, el alumno trae del Liceo una formación positivista, no tiene vocación metafísica y deja de lado la formación clásica.

—Sin embargo, los estudiantes suelen admirar a los profesores de Filosofía.

—Pero tienden a buscar inmediatamente la aplicación política de sus teorías. En este sentido, el chileno es más político que especulativo.

—Usted ha sido profesor de Ética. ¿Le parece importante la calidad moral en un profesor de Filosofía?

—Es una dimensión ineludible. Debe existir. Claro que la dimensión moral no puede estar ausente de ningún ser humano, pero quizás es más importante en un



“Parte de la pedagogía es no recibirlo todo hecho. Un buen profesor tiene que formarse en investigación”

profesor universitario por su compromiso con la formación de la juventud.

—Se dice que van a suprimir la Filosofía de las asignaturas obligatorias en el liceo.

—Es sólo un rumor; pero si llega a concretarse, me parece erróneo. La Filosofía es el modo de iniciar a los alumnos en ciertos campos, de darles una visión más amplia y profunda.

—Pero, en contra de esa opinión suya, se afirma que los estudiantes de Enseñanza Media son muy jóvenes para entender estos problemas.

—No es cierto. El adolescente tiene muy vivo el problema filosófico. Si parece que no le llega, es por culpa de lo poco y mal que se le enseña.

—¿Cuál sería para usted la enseñanza ideal de la Filosofía, no sólo en el colegio, sino a todo nivel?

—Afianzar en los alumnos la dimensión clásica, sobre todo de los grandes filósofos griegos. Estudiar el pensamiento de los autores y hacer mucha investigación personal. Nada de manuales ni historias de la Filosofía. En cuanto a la estructura, mi ideal es quizás imposible. Muchos buenos centros filosóficos, sin pretender encuadrarlos a todos dentro de un esquema. ¿Para qué tanto formalismo? Yo, desde que llegué a Chile, veo que estamos en reestructuración.